

Víctor Manuel Pineda, *Horror Vacui: voluntad y deseo en el pensamiento de Spinoza*, Plaza y Valdéz- UMSNH, 2009, pp. 232. Presentación en el Aula Mater, Colegio de San Nicolás. Diciembre 10 de 2009.

ROBERTO BRICEÑO FIGUERAS

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

El Dr. Víctor Manuel Pineda ha dedicado muchos años al estudio de la obra de Spinoza, producto de esa dedicación hoy contamos con un nuevo libro acerca del filósofo holandés. Un libro que como anota el prologuista exigirá esfuerzo y dedicación por parte del lector, por ello su atractivo es mayor, para cualquier aficionado o estudioso de filosofía.

En esta obra, la tarea que hemos de emprender los lectores debe centrarse en la interpretación del pensamiento de Spinoza, que el autor nos ofrece sin seguir los trayectos más conocidos en las revisiones de la filosofía spinozista, y que se mencionan en este comentario.

Recordemos que hijo de judíos españoles emigrados en los Países Bajos, Baruch de Spinoza estudió hebreo y la doctrina del Talmud, realizó estudios de Teología y Comercio y muy probable es que debido a la fuerte influencia que tuvieron en él Descartes y Hobbes se alejó del judaísmo ortodoxo, lo que junto a su crítica racionalista de la Biblia provocó que fuese excomulgado por los rabinos en 1656.

Afortunadamente para la filosofía esto obligo a Spinoza a retirarse a las afueras de Amsterdam. Por este período escribió un *Breve tratado acerca de Dios, el hombre y su felicidad*, probablemente también el *De la reforma del entendimiento* y un polémico *Tratado teológico-político*, publicados más tarde. Aunque iniciada catorce años antes, dos años después de su renuncia a una cátedra en Heildeberg para mantener su independencia intelectual (1673), terminó su obra más importante, la *Ética demostrada según el orden geométrico*, que será publicada hasta su muerte, en la Haya en 1677; en la misma época emprendió la redacción del *Tratado político*, que quedó inconcluso.

El libro que hoy presentamos está dedicado a la revisión y análisis de algunos de los más importantes aspectos de la obra de éste importantísimo filósofo

de Amsterdam y, como el mismo autor nos comenta, el interés del libro se limita básicamente “a dos temas de la filosofía de Spinoza: las ideas éticas y la doctrina del panteísmo” (p. 23); además agrega, a propósito de éste último tema al que menciona como la más “conocida rúbrica spinoziana” que el estudio que se ofrece en éste texto que hoy nos ocupa, no pretende que ésta doctrina sea agotada en todo su significado sino que se la busca asociar a un

“conjunto de problemas que delimitan dos zonas de la realidad concebida por esta filosofía: la eternidad y la duración, la existencia necesaria y la existencia precaria, lo que es en sí y lo que es en otro. El panteísmo es el hilo conductor de la perspectiva con la que se abordan estos temas”. (p. 23).

Abordar de la manera en que Víctor lo hace una filosofía como la abierta por Spinoza es una tarea ardua y que obliga a una gran responsabilidad intelectual que queda plenamente demostrada en éste profundo ensayo.

Comúnmente podemos aceptar la descripción de que la filosofía de Spinoza parte de la identificación de Dios con la naturaleza (*Deus sive natura*), y de que se trata del mayor exponente moderno del panteísmo que llevó al extremo los principios del racionalismo, y dedujo toda su filosofía de la definición de sustancia como “aquello que es en sí mismo y se concibe por sí mismo”, por lo que sólo podía existir una sustancia, la divina. Pero el detalle con que el autor analiza a Spinoza nos muestra lo imprudente de las generalizaciones, simplemente en las primeras páginas nos ha dicho que “todas las cosas están en Dios con la misma determinación por la cual Dios está en todas las cosas” (p. 24). Y hablando de la tarea de Spinoza en la revisión de la relación entre lo infinito y lo finito concebida como una “relación centrada en las determinaciones virtuosas de los seres finitos, entre los cuales, por cierto no está el pasivo sentimiento de ser criatura”. Víctor da cuenta de la tarea que ha emprendido hace ya tiempo dando como resultado —muestra impecable de talento y rigor filosófico— este libro:

“Desde esta acotación nos proponemos hacer la reconstrucción del significado de la filosofía de Spinoza y evaluar su perfil intelectual, tanto en su contenido positivo como en sus tareas críticas: la construcción de la idea de Dios está asociada a una doctrina de la causalidad y a una crítica de una tradición teológica en la que se concibe a Dios como una voluntad absoluta y como un intelecto creador. Al mismo tiempo que este ensayo se ocupa de explicar las razones que tiene Spinoza para

desterrarlo del campo del absoluto, pretende explicar el significado que tiene la voluntad después de su emplazamiento en una realidad distinta a la de los infinitos atributos de Dios". (p. 24).

En Spinoza podemos encontrar una explicación acerca de que la mente humana conoce sólo dos "atributos" o formas de aparecer de Dios, el pensamiento y la extensión, aunque sus atributos deben ser infinitos.

"Spinoza niega que los atributos sean meras cualidades morales de Dios, pero también sostiene que las cosas a las que soporta toda su potencia de pensar tiene realidad plena". (p. 64).

Los individuos son a su vez modos, determinaciones concretas, de los atributos. "Los modos, esto es, lo que es en otro, no sólo son partes: fundamentalmente son afecciones de la Sustancia que los vuelve inteligibles y posibles." (p. 59).

El autor del libro precisa:

"Si Dios está en todas las cosas y todas las cosas están en Dios, es necesario conceder el vínculo que estas mantienen con el primero explicita una tesis clásica: el todo está en la parte y la parte está en el todo. Tal vínculo es el atributo".

Este monismo radical resuelve el problema cartesiano de la relación entre pensamiento y extensión, pues son sólo formas de presentarse la sustancia divina, así como el conflicto entre libertad y necesidad que se identifican desde el punto de vista de Dios pues es libre como *natura naturans* (en cuanto causa) y determinado en cuanto *natura naturata* (en cuanto efecto).

"Lo mismo en el plano de la naturaleza naturante que en el de la naturaleza naturada, es preciso que todo se mantenga "claro y distinto"; el principio de inteligibilidad es verdaderamente universal sólo en la medida en que extienda sus alcances a la inteligibilidad de las cosas producidas por Dios. Se dice que con una idea clara de Dios ya se garantiza de antemano que todo lo demás sea inteligible, pero también se debe afirmar que todo lo que se deriva de Él debe tener un carácter claro y distinto aprehendiéndolos por su fuente interna. Por ello la ciencia intuitiva spinozista vuelve a los atributos como fuente de inteligibilidad de las cosas por su causa interna es, pues, la trama esencial de la ciencia divina". (pp. 77-78).

Desde el punto de vista del hombre la libertad es una ilusión. (Ver nota 17 pág. 66).

Spinoza destacó tres géneros de conocimiento humano; en el primero, el hombre es esclavo de las pasiones y sólo percibe los efectos o signos e ignora las causas; en el segundo, la razón elabora ideas generales o nociones comunes que permiten a la conciencia acercarse al conocimiento de las causas, y aprende a controlar las pasiones; en el tercer género, el hombre accede a una intuición totalmente desinteresada, pues conoce desde el punto de vista de Dios (sub especie *aeternitates*), ajeno a sí mismo como individuo y por tanto sin que le perturben las pasiones individuales. En esta contemplación se identifican lo singular y lo eterno, y se percibe la presencia de todo en todo, intuición en la que se cifra la única felicidad posible. Frente a esta simplista conclusión, una problematización surge si pensamos en lo que Spinoza dice en torno al deseo, que en interpretación del Dr. Pineda por su conversión

“a la actividad es el paso que se tiene que dar para la conquista de una perfección no perturbada por las fluctuaciones de la duración. La constitución de sí, sólo se alcanza en la medida en que el deseo se origine y se explique por nuestra sola naturaleza. La apropiación de un deseo es un acto de constitución de una individualidad” y más adelante “Si un deseo consiste en la apetencia de la perfección, la negatividad, condición a la que se sujeta todo ser triste, constituirá en un deseo vulnerable a todo lo exterior. Los hombres, en cuanto están en sí, no desean sino afirmar la vida; el suicida, el que está ausentado de su propia potencia, esencia o naturaleza se conduce hacia un estado en el que no es él quien actúa sino la multitud de causas exteriores que lo abaten en todas direcciones”. (p. 205).

En el terreno político, Spinoza rechazó el concepto de moral, por considerar que implicaba una desvalorización de lo real en nombre de un ideal trascendente. Todos los seres se guían por el principio de auto conservación, sobre el cual se edifica el Estado como limitación consensual de los derechos individuales. Sin embargo, lo que el individuo busca en el Estado es la conservación propia, por lo que puede revolverse contra él en caso de que no cumpla esta función (“Dios crea individuos, no naciones”).

En la medida en que la ley limita el poder de cada uno mediante un sistema de recompensas y castigos, la política descansa necesariamente en pasiones tristes (temor, seguridad). La principal preocupación política de Spinoza fue: ¿por qué los hombres combaten por su esclavitud como si se tratara de su libertad? Aunque la democracia es el mejor de los regímenes políticos, pues

liberta y favorece el acceso al estado de razón, sólo se llega al tercer género de conocimiento por la vía individual y privada. Ahora bien, nos dice el autor

“los tres diversos géneros de conocimiento —a los que me he referido antes— que describe Spinoza no constituyen una serie de facultades correlativas a ellos; no se admitiría aquí el argumento según el cual la eternidad es posible sólo si el alma es simple; el yo, tomémosle como sinónimo del alma, es un complejo de fuerzas, pero no en el sentido de facultad. La idea de facultad tiene sentido cuando se describe a la razón como un conjunto de intereses en conflicto y que precisan del arbitraje del “tribunal de la razón”. Pues bien en Spinoza no sólo se contraponen, sino que colaboran en un nivel de igual jerarquía”. (228).

La filosofía de Spinoza generó un importante rechazo en su tiempo, aunque un siglo más tarde sería recuperada, y su influencia fue importante no sólo en el terreno de la metafísica, sino entre poetas románticos como Shelley y Wordsworth.

Finalmente debemos aclarar que Spinoza no perteneció a ninguna escuela, y resulta difícil destacar el nivel que merecen la profunda originalidad y la independencia de su pensamiento, como ahora nos queda claro con el texto de Víctor Manuel Pineda.

Horror Vacui, es un libro que obliga a una lectura seria y cuidadosa dada la precisión y profundidad con que son abordados los temas, el minucioso detalle del análisis. Sin florituras ni ornamentos la lectura de ésta obra ofrece una visión comprometida del autor con el rigor que pide la obra de Spinoza.

NICOLÁS GERARDO CONTRERAS RUIZ

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

En la búsqueda de líneas alternas al dominio que ejerce la razón instrumental en la sociedad y cultura contemporáneas, y que en palabras de Eugenio Trías se denomina pertinentemente “razón formal especulativa”, traducida en un no-poder, una impotencia que colma los desplazamientos de la vida en común, articulando palmariamente los escenarios en que es tejida la compleja

e intrincada red de los intercambios humanos, endosando el ser propio de cada quien en una especie de esterilidad general del cada cual, quizá haya que considerar obligado volver la mirada sobre un discurso filosófico que propone situar al concepto de poder en su sentido más pertinente: esa fuerza inherente al ser de lo humano que le impulsa hacia un más allá de lo que es, la potencia, la aptitud para la perfección. Referimos a la filosofía de Spinoza, ese aspecto particular de las grandes herejías y anomalías que conmociona profundamente las formas dilectas del pensamiento moderno, un aporte que otorga amplios márgenes a la opción de pensarse y asumirse de otra manera respecto de los procesos constitutivos de subjetividad impuestos por el modelo estratégico de la técnica. A pesar de la distancia su tiempo nos es cercano, su circunstancia alcanza a tocarnos en una especie de indiferencia —una no toma en consideración— por la agilidad en que se desplaza nuestro existir contemporáneo. Sus postulados decisivos continúan resonando vivamente para nosotros emplazándonos a repensarlos; sus temas y tesis se nos ofrecen preservados del olvido infame en que obsesivamente quisieron situarlos los variados anatemas dictados en su contra por la intolerancia de distintas ortodoxias y arrogancias. ¿Por qué habría de sernos ajeno un pensamiento que emplaza a la afirmación de la vida, que reivindica el valor del deseo y la voluntad humanas subvirtiéndolo el significado negativo que les asignan todas esas suertes de representantes de la hipocresía y cinismo políticos, de la insolencia y sordidez económicos y de la simulación religiosa envilecedora del sentido de lo sagrado sometiéndolo a formas variadas de prácticas de dominación, si el movimiento operado en los entramados del mundo de la vida al que nos ha tocado asistir, continúa aplastado orbitando en los ejes del exceso y del abuso fragmentando la vida en común, escindiendo a las individualidades de sí mismas y de lo demás, promoviendo el imperio de lo definitivo del no-poder, de lo inerte, de la insensibilidad, de la incapacidad para la orientación al avenimiento, de la faceta miserable de lo profano imponiendo la renuncia al despliegue del poder del ser propio, de la vitalidad y del mundo?

Aproximarse a una obra como la de Spinoza implica una amplia disposición a aventurarse en el cauce del riesgo, una tenacidad y firmeza de espíritu para emprender la ardua tarea de su comprensión. Porque en ella se está ante un ámbito teórico complejo, ajeno a toda suerte de economías de esfuerzo intelectual, que exige ser abordado pausadamente en cada aspecto relevante, en cada detalle fundamental, en el matiz y aspectos inherentes, siguiendo

paso a paso y de manera paciente las líneas de su argumentación, conduciéndose fervorosamente de un párrafo a otro para apropiarse del sentido del razonamiento y de los vaivenes de las descripciones; un refinado trabajo de lectura e interpretación a la manera como ha propuesto Carlos Pereda. Un despliegue de la aptitud para la demora en una actividad de larga duración, desde donde se posibilita el hacerse de la orientación adecuada para penetrar el montaje de uno de los discursos de obligada referencia en el hacer filosófico —el pensamiento comprometido por el filósofo holandés—, y alcanzar las condiciones apropiadas de acercamiento a él, toda una empresa de reflexión actualizada en la capacidad de distinguir y asociar los aspectos de las cuestiones puestas en juego por esa obra, capacidad también de detenerse lo suficiente en cada uno de sus elementos para, desde diferentes perspectivas, apreciar, sondear, separar y relacionar los distintos planos de los tópicos puestos en operación. En suma, una actividad reflexiva apta para abrirse paso a través de la complicada red de conceptos que articulan coherentemente la tensión entre lo particular y lo general manifiesta en esa obra. Esa es, nos parece, la vía por la que apuesta y asume Víctor Manuel Pineda, de frente a la actividad de análisis requerida y reclamada por la contribución spinoziana.

Desde el profundo conocimiento del legado teórico del autor sometido al asedio de la intolerancia —que le proscribió de la atención y del contacto de los círculos políticos, religiosos y sociales, por un ambiente cultural dominante que trasciende la temporalidad de la Europa del siglo XVII—, producto de una experiencia de largos años de examen, exploración y profundización en su obra, el estudio madurado y expuesto en *Horror vacui. Voluntad y deseo en el pensamiento de Spinoza*, nos incorpora idóneamente al cuerpo del gran ejercicio teórico arriesgado en la defensa de una lectura positiva de lo real, del mundo, trazando vivamente la vinculación oportuna entre la eternidad y la duración, entre la existencia necesaria-existencia transitoria; la relación plausible entre lo infinito y lo finito desde que se intensifica la reivindicación del carácter activo de la condición humana, columna vertebral del sistema spinoziano.

Para quienes hemos dejado suspendida provisionalmente la atención a la filosofía de Spinoza, asimismo para quienes han tomado seriamente el compromiso de abordarle, no sobra la advertencia de la posibilidad de vernos expuestos y desbordados por la perplejidad, muchas veces frecuente, ante el contenido problemático y difícil de los textos spinozianos. Un desconcierto que no sólo se atenúa sino que queda en amplia medida superado con la

elucidación habilitada para nosotros por la escritura de *Horror vacui*. De igual manera, el libro comentado constituye una de las guías ejemplares —muy a pesar de las declaraciones de su autor que pecan de modestia excesiva— para abrirse a márgenes de comprensión más amplios de los contenidos de esa obra, sorteando las dificultades que nos opone a cada paso de su recorrido. En efecto, nos parece suficiente mencionar el caso particular de los libros que conforman el cuerpo de la *Ética* —andamio laberíntico erigido desde una base fenomenológica, expuesto en el juego argumentativo del sistema geométrico de los axiomas y los postulados, de las definiciones y los corolarios, para culminar en cada uno de sus pasajes en las demostraciones—, un texto complicado, cuyo acercamiento a la apropiación de su sentido nos es permitido por la mediación de una lectura atenta del texto que pone a nuestra disposición Víctor Manuel Pineda, una propuesta de interpretación a propósito del compromiso teórico de Spinoza, que plantea asumirlo desde el hilo conductor de su programa panteísta.

El panteísmo en Spinoza aparece condensado, dice Pineda, en dos momentos básicos: el primero tiene que ver con su concepción de un principio activo por el que Dios procede como causa de sí mismo; el segundo, cobra traducción en su dejar ver la idea de Dios como presencia activa y esencial en todos los individuos, como causa inmanente en todas las cosas. En esos momentos se advierte ya el alcance filosófico de la obra spinoziana, el desplazamiento y la toma de distancia que opera de frente a los razonamientos teológicos y racionalistas imperantes en su contexto y que, de alguna manera, concede elementos medulares a la reformulación de interrogantes al tiempo actual, al repensar su situación, sus prácticas, sus límites y sus posibilidades. La comprensión del mundo, de la realidad como un ámbito unitario, permite despejar las confusiones y enfoques inadecuados en que incurren las variantes de una lógica dada a concebir a la divinidad como ente portador de un carácter sobrenatural o supranatural que ha creado todo, que trasciende a sus creaciones, que debe aparecer de suyo separado de ellas. Pero si se ha convenido en considerar a Dios en cuanto sustancia absoluta, la manera coherente de concebirla se da en el plano de una realidad constituida y constituyente, naturada y naturante, causa y efecto, realidad que a la vez que tiene el poder para ser causa, se retiene a sí misma en la totalidad de sus expresiones, es decir, una realidad que se entiende en el concepto de naturaleza infinita. Porque siendo Dios infinito no es admisible la idea de un mundo a él ajeno, en cuanto que de situarlo de esta manera habría que conceder crédito al criterio que da en supo-

ner que tiene fronteras, límites, que su condición es la de la finitud. Entonces, siendo Dios infinito no debe haber nada que no sea en Dios. Pero, como previene Víctor Manuel Pineda, se trata de evitar el equívoco de adjudicar al panteísmo de Spinoza la postura de sostener que todas las cosas son divinas; lo que en esa afirmación se juega es la idea de que todas las cosas están determinadas inmanentemente por Dios, Dios se expresa en todas las cosas, las cosas son expresión de Dios. Reivindicando la visión unitaria de lo real que se expresa en todo, la filosofía de Spinoza abre una vía para pensar al margen de las tentativas teológicas que asignan a Dios el carácter de ser sobrenatural o supranatural, fuera de la naturaleza y de sus cosas. Porque Dios es la substancia absoluta, suma perfección, es que a su condición hay que entenderla como plena actividad, una intensidad que se manifiesta en la totalidad de lo real. *Deus sive natura*.

El camino recorrido por el razonamiento de nuestro autor a través del cuerpo textual de la *Ética*, desde donde nos es mostrado el orden de las determinaciones, nos sitúa ante la cuestión medular de la filosofía spinoziana: concebir a Dios en todas las cosas, es remitir a una especie de germen a partir del cual las cosas llegan a realizar las determinaciones de su naturaleza. Principio instituyente concebido desde la condición activa de la naturaleza de Dios, una realidad fundada desde su poder, su potencia para desplegarse como causa activa tanto de sí como de todas las cosas. Sustento decisivo para el desarrollo coherente de la argumentación a favor de la afirmación del poder en cuanto potencia, desde donde se acredita la necesidad de la acción divina. Sólo una exploración detallada y comprensión profunda de la obra de Spinoza como la lograda por Víctor Manuel Pineda, y que se comparte generosamente con nosotros gracias a la escritura desarrollada en *Horror vacui*, puede aportar los elementos que nos llevan a estar más de cerca con el sentido de los aspectos que se juegan y desdoblán en el sistema, a través de la elucidación adecuada del marco conceptual puesto en operación por el autor holandés. El análisis minucioso y bien fundamentado que recorre el conjunto de los libros de la *Ética* y los pasajes relacionados directamente con la temática que ocupa el interés de nuestro autor, nos sitúa ante una correspondencia fiel con la perspectiva spinoziana que estriba en la inteligibilidad de lo divino en cuanto ser comprendido en el carácter de lo positivo, una definición ontológica de lo que existe tanto de manera absoluta como de manera determinada, el dispositivo de la causalidad operando para disolver cualquier tentativa de explicación de la realidad desde el vacío, desde la nada. *Horror vacui* supone que fuera de la

inmanencia no es concebible cualquier otra forma de relación entre lo infinito y la finitud, por eso la acción causal de Dios es un continuum perfecto, no hay creación ex nihilo, la naturaleza existe eternamente y necesariamente vinculada a la naturaleza de Dios.

La propuesta de lectura sobre Spinoza tomando como respaldo privilegiado al concepto de *horror vacui*, permite a Víctor Manuel Pineda la apertura del horizonte para una apropiación más vasta del sentido afirmativo que colma ese sistema filosófico y de los aspectos ahí puestos en operación. El cierre a la opción por la nada en cualquiera de sus manifestaciones, lleva a la asunción de lo vital, de lo activo en toda su magnitud. La voluntad se descentra porque Dios no procede arbitrariamente a la manera en que procede lo humano; la potencia de Dios se expresa en la perfección de sus creaciones y no en una capacidad para elegir o declinar en cuanto a crear una cosa u otra, porque el poder de crear de la divinidad responde a lo necesario del orden de las causas y las cosas, no a la toma de una elección. De esta suerte queda dispuesta la voluntad en el ámbito que le es más propio, el de las derivaciones inmediatas en que se expresa la naturaleza absoluta de Dios —voluntad y entendimiento infinitos y la ley del movimiento y el reposo— donde se expresan a la vez los decretos eternos que rigen el movimiento de las cosas y causas particulares, la multiplicidad de las cosas finitas, cada una de las cuales posee de suyo una fuerza que es manifestación de la naturaleza total, fuerza que se encarna de manera particular. La voluntad es un modo infinito inmediato y la voluntad humana es una parte de una voluntad infinita. En este sentido, como nos propone Víctor Manuel Pineda, la voluntad no puede entenderse en la filosofía spinoziana como un poder activo surgido de la libertad de elección de lo posible, sino de la virtud, es decir de actuar en función de lo necesario. La actividad aparece entonces implícita en la voluntad, una aptitud que desde sí misma puede producir aquello que su naturaleza permite y afirma. Lo que en ello queda traducido es el esfuerzo orientado hacia la vida y hacia el conocimiento.

Por ello, como sostiene nuestro autor, si la voluntad aparece en su origen sometida a los juegos de la imaginación y de las causas exteriores, ella se puede alzar sobre esas determinaciones. No porque el hombre desde su condición inicial esté al margen de las condiciones de hacer converger a la voluntad con el entendimiento, haya que ver en esa situación algo definitivo. Esa *vis nativa* es sólo el paso inicial del *continuum* de lo volitivo que puede derivar en actos donde la razón aparece determinada a seguir los dictados por los cuales

el hombre alcanza más virtud y mayor poder; la voluntad supone ya el despliegue de la potencia. Es por esto que en la medida en que el entendimiento va escalando los niveles de conocimiento, mayor es su grado de poder. Ahora, el deseo no es idéntico a la voluntad, es una de sus formas primarias que se manifiesta originariamente vinculada a un carácter pasivo del alma donde aún no se produce la irrupción de un poder ampliamente activo, mas esa vinculación original que supone ilusión e ignorancia de las verdaderas causas, no autoriza su consideración al margen de una potencia ya afirmativa a pesar de su inadecuación. En el deseo se está, en el pensamiento de Spinoza, ante un aspecto de lo humano parcialmente afirmativo; es como señala Víctor Manuel Pineda:

”Situados en el registro del deseo, la perspectiva con la que Spinoza examina la cuestión admite que hay en él un género elemental de actividad. La parte positiva del deseo, es decir, su participación en una voluntad afirmativa, consiste en que la presencia actuante de una voluntad de afirmación, ya anuncia la esencia de algo activo en el alma que padece la fuerza de los cuerpos existentes en acto”.

Voluntad y deseo, entonces, son intensidades que abren el horizonte hacia la perfección de lo humano, que supone abrirse paso a través de los elementos extraños a la naturaleza de su ser y que se ofrecen como impedimentos para ello. Esto implica, como lo muestra Víctor Manuel Pineda, la vía para la acción, para el despliegue del poder propio, de la propia potencia de actuar, esencia de la vida de lo humano que le lanza a la conquista de su condición propia, apropiándose del conocimiento de las causas de sus acciones y con ello orientándose pertinentemente en el juego de las afecciones y de las pasiones. Todo ello es algo en lo hay que pensar ante una circunstancia actual dominada por la fuerza de lo inerte, de lo petrificado y de la condición empobrecida del ser, por su sometimiento a la servidumbre de una lógica que ha invertido el sentido de la vida orientando a ver en la miseria su realización, del padecer como el significado más pleno del existir.

EDUARDO GONZÁLEZ DI PIERRO
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

El que busca la verdad, busca a Dios, lo sepa o no.
Edith Stein.

Es verdaderamente para mí un gran honor esta invitación para escribir la reseña de un texto fundamental en lengua española y que los estudiosos del pensamiento del gran Baruch Spinoza esperaban sin duda desde hace mucho tiempo. Me complace y me siento en verdad privilegiado en compartir este espacio en nuestra revista *Devenires*, en su décimo aniversario, con mi querido maestro y amigo Roberto Briceño, decano inmarcesible de nuestra Facultad, y con el buen amigo Nicolás Contreras, serio estudiante y estudioso egresado de la misma. Quiero señalar, además que, como Director de la Facultad de Filosofía, es siempre un gusto y un orgullo ver el trabajo de los colegas y amigos que comparten el mismo espacio laboral, académico y creativo, reflejado en una de las máximas creaciones culturales fruto del espíritu humano: el libro. Adicionalmente, expreso mi regocijo porque este texto está prologado por el joven doctorando y profesor catalán Álex Mumbrú, quien estuviera entre nosotros durante un semestre lectivo el año pasado invitado como profesor visitante, en tanto becario por parte de la Universidad de Barcelona, interesado en la filosofía moderna, especialmente Kant, y que se vinculó con varios de nuestros profesores, de manera eminente con el Dr. Pineda, como testimonia precisamente el lúcido prólogo que abre las páginas que a continuación comentaremos brevemente; conforta saber y además estimula a seguir promoviendo acciones en ese sentido, que los intercambios académicos y la movilidad docente y estudiantil vayan más allá del discurso y se traduzcan en una colaboración auténtica y productiva entre personas e instituciones de diversos continentes con nuestra Universidad y en particular con nuestra Facultad.

Y fue precisamente en un memorable viaje a esa espléndida ciudad de Cataluña, realizado hace ya algunos años en compañía del autor del libro que reseñamos, que me quedó impresa en la mente hasta hoy la frase con la que el propio Víctor Manuel Pineda inició su intervención titulada *La salvación del individuo, el Spinoza de María Zambrano*, luego convertida en artículo, y que reza: “cada quien tiene las influencias que se merece”. Hoy se la aplicamos a él

mismo, para dar cuenta de la importancia capital que el pensamiento spinoziano ha ejercido en él desde las épocas en que yo ingresaba a la carrera de filosofía, a la par que él la terminaba. Spinoza ha siempre presidido su sed filosófica y su saber multiforme. Y, por supuesto, Víctor Pineda, se merece sobradamente la influencia de Spinoza; *Horror vacui*, este texto, es prueba fehaciente de dicha afirmación; es respuesta conceptual plena a tal merecimiento. Pineda encarna perfectamente la sentencia hegeliana que dice: *Philosophieren ist spinozieren* (“Filosofar es spinozear”) y es paradigma verdadero de la célebre frase de Bergson: “todo filósofo tiene dos filosofías: la propia y la de Spinoza”. Yo agregaría, luego de leer *Horror vacui*, que Víctor Pineda tiene su propia filosofía porque ha tenido la “suerte” de conocer la de Spinoza; y son escasísimos los pensadores actuales que pueden presumir esto.

El texto de Pineda se articula sobre temáticas esenciales del spinozismo y que, quizá justamente en razón de tal esencialidad, se habían relegado u olvidado en muchos de los estudios sobre el filósofo judío, especialmente los más recientes. Temas soslayados, por aparentemente tratados con suficiencia anteriormente (lo cual no es del todo verdadero), son recuperados formidablemente en este libro. No son tanto los temas tratados los que dotan de originalidad a este estudio, sino la forma de tratarlos, sin duda alguna. El escenario o la estructura formal, si se quiere, sobre el que se construyen los contenidos destacados por nuestro autor puede muy bien ser representado plásticamente como una telaraña —para evocar el producto y el campo de batalla de los amados arácnidos que siempre fascinaron a Spinoza—, una telaraña construida sobre dos ejes iniciales que darán vida a todo el entramado: en las abscisas (no podemos evitar los símiles geométricos) el problema central del Dios spinozista y sus derivaciones: panteísmo, panenteísmo, pantelismo... en las ordenadas, el problema de la voluntad y del deseo que constituyen la vertiente práctica del pensamiento de Spinoza.

De este modo la telaraña empieza a ser tejida con gran habilidad y rapidez, pero también con orden y coherencia. Aunque con modestia el autor señale que está lejos del poder enciclopédico de las grandes tradiciones exegéticas de los estudios spinozianos y que el panteísmo no se agote en su significado, pienso por mi parte que, sobre todo respecto de lo segundo, Pineda rebasa con creces sus acotadas intenciones. En efecto, aunque se expresa el propósito inicial por el que se recurre al socorrido tema panteísta, la cuidadosa presentación de la cuestión va enriqueciendo sus propias posibilidades e implicaciones

tanto ontológicas como éticas. Uno puede percibir una lectura fresca y renovada del tema del inmanentismo spinoziano tal como nos lo presenta Pineda; comprendemos, me parece, cada vez mejor al Dios de Spinoza en función del tránsito que nos muestra el autor en el apartado denominado “De la *causa sui* a la *causa rerum*”, donde toda forma de trascendencia absoluta de Dios respecto de los seres finitos queda anulada a favor del plano de inmanencia que constituye la realidad única posible. Pero Víctor Pineda enfatiza y destaca con claridad que este plano de inmanencia, al ser radicalmente tal, atraviesa mutuamente a Dios y a las criaturas, en reciprocidad, es decir, no constituye un privilegio de la divinidad.

De lo anterior se llega ya al núcleo de esta tela de araña que es este libro, a saber, la tesis por la cual, no hay exterioridad posible respecto de la inmanencia misma, donde no puede haber vanos de ningún tipo, ni intersticios de vacuidad posible. Todo es pletórico, perfectamente completo, completamente perfecto. La nada no es bienvenida, ni lo es siquiera su posibilidad. ¿Y de qué está todo lleno? Nada menos que de Dios, la Sustancia infinita que tiene infinitos modos en infinitos atributos. Y la relación entre Dios y la finitud es de continuidad inmanente, aunque sus “naturalezas” sean distintas. Se trata de la positividad que constantemente Pineda destaca y que anula cualquier forma de subordinación, digámoslo así, “filial” entre la Sustancia que todo lo colma y los seres finitos que de ella están “impregnados”. De este modo, Dios es causa sui y causa de todo, pero, al mismo tiempo, vive y pervive en las cosas, manifestando su ser y, en consecuencia, su poder. Esencia y potencia de Dios son modalidades en que su ser se despliega. Y algo que me parece que Víctor Pineda pone en evidencia con claridad meridiana respecto de otros estudios que igualmente consideran este aspecto, es que el tradicional panteísmo spinoziano no consiste en únicamente concebir que las cosas se encuentran ínsitas en Dios y en Él disgregadas, sino que, de manera necesaria, Dios se halla en las cosas mismas. Esto no es una obviedad, y constituye, quizá, el punto más fino de aportación del gran judío de Amsterdam, y la inflexión que lo distingue de Leibniz o Malebranche, entre otros filósofos que pensaron en problemáticas afines. El capítulo denominado “La comunión de los intelectos” muestra de manera densa y profunda, cuidadosa, a través de distintas variaciones, este aspecto recién mencionado. La telaraña está completa y ahora sólo hay que reforzarla.

Este refuerzo se dará a partir de la segunda mitad del libro, y testimonia que la telaraña es también una estructura digna de representar el *Horror vacui*, aunque en un primer momento y bajo una impresión superficial no sólo no parezca hacerlo, sino que incluso se vea como un contraejemplo. Ello no es así. ¿De qué otra manera podría la araña transitar con agilidad hacia la presa que se debate entre los hilos para devorarla si no fuera porque no hay, estrictamente, espacios vacíos en ese singular territorio, mezcla de ligereza y potencia, de evanescencia y solidez? El texto mismo muestra, en su estructura textil-arácnida una inusitada y paradójica “plenitud” pues los “aparentes huecos” son los soportes mismos de los hilos que geoméricamente se van ensanchando.

Víctor Pineda se encamina, de este modo, hacia la demostración de los límites difuminados entre voluntad y entendimiento en la filosofía de Spinoza. No hay una separación neta que pueda identificarse estructuralmente, con precisión quirúrgica, como en el cartesianismo. No. Aquí se trata de pensar de otro modo, y Pineda lo subraya: “Los alcances de esta vinculación serían irrelevantes si no se despejan los propósitos que le confieren sentido: *la transversalidad entre los impulsos de la vida y las razones para actuar anuncian una nueva concepción de la virtud*” (p. 173). Estamos nada menos que frente al fundamento de la célebre ética spinozista.

Y es que, en solución de continuidad coherente con el inmanentismo spinoziano, que Pineda nos recuerda de vez en vez a lo largo de su texto, no puede ser de otra manera: ambas instancias son expresivas de la misma realidad, y su distinción no es por la manera en que tienen ideas ni tampoco por el objeto que les “sería propio”, porque no hay tal. No hay objetos a los que se ha de dirigir exclusivamente la voluntad, ni objetos privilegiados para ser captados por el puro entendimiento.

En particular, respecto de la voluntad, nuestro autor saca a la luz el carácter no sustancial que Spinoza le confiere y, sobre todo, derivado de ello, el carácter de no absolutez de la misma. Una voluntad absoluta no podría ser activa, nos recuerda Pineda. En ello se funda la filosofía práctica del judío holandés, y es piedra miliar de la nueva ética que él emprende a partir de esta concepción plena del universo que se resuelve en la famosa fórmula *Deus sive Natura*.

Hay varias consecuencias derivadas de todo lo anterior, y que Pineda va desgranando para completar su telaraña, entre las que se destacan: el rechazo

al antropomorfismo y el antropocentrismo; la voluntad elevada por encima de la imaginación y la representación y concebida como modo infinito; la consideración de la existencia misma, bajo cualquier modalidad, siempre como causa; la concepción de voluntad y entendimiento, como modalidades activas y no como facultades absolutas que operan en línea de continuidad, sin separarse artificialmente, pero también sin confundirse y diluirse tajantemente.

Finalmente, el *horror vacui* en el pensamiento spinoziano no se limita sólo al aspecto gnoseo-ontológico, que se traduce en la imperiosa necesidad de llenar espacialmente todas las oquedades, sino también en extenderlo al aspecto de la temporalidad, de tal suerte que el deseo de eternidad no es más que la expresión mayúscula de esta posición que privilegia la plenitud sobre cualquier ausencia, por mínima que sea. Es por eso que, al final, Víctor Pineda hace muy bien ver cómo, siendo fiel a su propia concepción de la filosofía y en general de la vida, Spinoza transforma la negatividad en positividad: el *horror* deviene en *laetitia*, en este caso, sería *laetitia pro plenus* y se resuelve en la afirmación de toda manifestación vital no como un principio dogmático, sino como consecuencia natural de una concepción inmanentista, panteísta en el sentido visto, en que Dios es negado como entidad antropomórfica, separada y trascendente, para ser afirmada como la realidad misma, imbuida de todos los seres y, a la vez, presente en ellos.

Hemos convertido a nuestro amigo Víctor Pineda en filósofo-arácnido, no sólo como un tributo al filósofo que a su vez lo ha inspirado en su quehacer filosófico y vital, ni tampoco para establecer un símil sin más, sino porque precisamente, hemos identificado en la concepción y la estructura de este escrito con una telaraña tejida con mucho cuidado y prolijidad. Esperamos que muchas ideas de los lectores queden atrapadas cual moscas para que, a su vez, el autor las devore y pueda subsistir, porque el filósofo no puede más que alimentarse de ideas, y si éstas son respuesta a las provocaciones vertidas en esta trama tejida con honestidad intelectual, pues tanto mejor.